

## SOBRE LIBROS.

I.

(1888.)

«¡Vivir es recordar!...»—Es cierto. Por eso recuerdo yo haber leído hace como dos meses un poema titulado *Diego*, que comienza con aquella frase, siendo su autor D. José Jurado de la Parra.

No todos los días se han de echar á los... académicos, y hoy es un día que he decidido yo no echársele á dichos señores: les he echado ya muchos.

Y es preferible dedicar algún rato á las obras de la juventud que promete dar gloria á su patria.

«¡Vivir es recordar!» ¿Y quién olvida  
La juventud querida,  
Esa edad de perpetua bienandanza,  
Que nos siembra de flores el camino  
Y nos muestra el destino  
Bañado por el sol de la esperanza?

Así empieza el poema del Sr. Jurado. ¿No

es verdad que esta primera estrofa sabe mucho á *Idilio* de Núñez de Arce?

Sin embargo, el Sr. Jurado se proclama discípulo de Campoamor en el prólogo de su libro.

El argumento de este poema es harto sencillo, sin que por eso deje de ser, á lo menos allá en el desenlace, harto inverosímil.

El protagonista, Diego, es un buen muchacho que sigue la carrera eclesiástica en un seminario, donde

«Juicioso, diligente y aplicado  
Y al estudio entregado,  
Nunca pensó del mundo en los placeres;  
Y embriagado en las santas oraciones,  
No sintió las pasiones  
Que en el pecho despiertan las mujeres.»

Pero una tarde saliendo de paseo con los demás colegiales, ve una joven hermosa, muy hermosa, y se enamora de ella. Vacila entre seguir su anterior vocación ó ahorecar los libros; pero al cabo se decide por combatir aquel amor que de repente ha surgido en su alma, y cuando cree que le tiene ya vencido y del todo apagado, se ordena.

Algún tiempo después, una mala casualidad hace que vuelva á ver en el paseo á aquella joven, y vuelve á sentir la espina del amor; pero lucha como un valiente, acude á la oración, se mortifica, se pone cilicio y alcanza

victoria, quedando la materia sometida al espíritu.

Así vivía cumpliendo fielmente sus deberes de párroco, porque ya era párroco, cuando otra casualidad, y esta es la más negra, hizo que una mañana, en el momento de ir á decir misa, se le presentara á la puerta de la iglesia aquella misma joven hermosa, más hermosa que nunca, como que iba nada menos que á casarse. El sacerdote siente revivir el antiguo amor, quiere huir y no puede, porque el poeta no le deja; pues por lo demás, bien podía haber encomendado la celebración de aquel sacramento á un vicario; pero en fin, el caso es, que el párroco se pone á bendecir aquella boda, y tanta violencia se hace para resistir á la tentación que se cae muerto de repente.

*¡Tableau!* podríamos decir aquí el lector y yo, si esta exclamación no se hubiera hecho ya tan cursi.

¿Qué se ha propuesto el poeta en esta obra?... Según el mismo señor Jurado indica en el prólogo, un solemnísimo disparate, combatir el celibato eclesiástico.

«Que la disciplina eclesiástica, dice, pone en un horroroso dilema al sacerdote, exigiéndole un sacrificio sin el cual nada perdería el dogma y ganaría mucho la moral.»

No lo entiende usted, señor Jurado: la

teología y la historia, y hasta el sentido común, dicen exactamente lo contrario. Como que al celibato se debe la santidad de vida y el espíritu de abnegación y de sacrificio que ponen á los sacerdotes católicos tan inmensamente por encima de los presbíteros anglicanos y de los popes rusos.

Sin querer darle aquí al señor Jurado un curso de teología ni de disciplina, me atreveré á rogarle que haga versos, ya que los hace buenos, pero que no resuelva problemas religiosos, y principalmente, que no los resuelva mal.

Porque convendrá conmigo el señor Jurado en que es una manera muy rara la suya de resolver los problemas.

Que un cura entre 1.000, se enamora de una mujer, y sufre ó enferma ó se muere por permanecer fiel á su vocación y á la ley sagrada del celibato... ¡Pues fuera el celibato!

Que un marido entre 100 ó entre 10, si se quiere, se encuentra con que su mujer no le parece ya tan bien como antes de casarse, y en cambio le parece mucho mejor la del vecino, y tiene que luchar y contrariarse y hacerse violencia ó faltar á los deberes sagrados del matrimonio... ¡Pues fuera el matrimonio!

Y así sucesivamente.

La cosa, para dicha, es fácil. Mas por este camino llegaríamos á suprimirlo todo... hasta

á Martínez Campos, tutor oficioso de nuestras tiernas instituciones.

Volviendo al poema, también le aconsejaré al autor que no se deje llevar demasiado de la moda naturalista; vamos, que no escriba tan verde como en la estrofa XXI, que precise bien los términos y no llame deber á lo que no lo es, como lo hace también Echegaray para crear conflictos en los dramas, que no llame *canciones* al *Te-Deum*, que es un himno, y que evite con cuidado los prosaismos, como el de este verso:

«A fin de que distraiga sus dolores.»

Claro es que cuando le doy al señor Jurado estos consejos, es porque le considero capaz de ponerlos en práctica.

Tratárase de un académico del trapío de Cañete, ó de Cánovas, ó de Marcelino, ó de don Aureliano, y me guardaría yo muy bien de darle consejos de esa índole.

¿Qué adelantaba con decirle á un académico: evite usted los prosaismos? Era lo mismo que decirle: no escriba usted nunca.

Pero al señor Jurado se le puede encargar todo eso, porque sabe hacer y hace versos agradables.

Como, verbigracia, esta descripción de la primavera:

«Bañada por el sol del Mediodía  
La hermosa Andalucía,

Luce esplendente su gentil belleza,  
 Y esparce de las flores de Granada  
 La esencia perfumada  
 Por los pintados valles de Baeza.

.....  
 Las ramas de los árboles erguidos,  
 Al peso de los nidos  
 Con blando movimiento se cimbrean,  
 Y se espesan los cinifes sutiles,  
 Y los yertos reptiles  
 Del sol á los halagos serpentean.

—  
 ¡Todo es contento, juventud y amores!  
 Himnos son los rumores,  
 Besos las brisas y verdor las lomas,  
 Bullente plata el caudaloso río,  
 Las flores son rocío,  
 La luz colores y el ambiente aromas.»

No creo que sean estas las estrofas mejores del poema, pero creo que quien ha escrito estos versos tan fáciles, tan espontáneos y tan dulces, puede hacer cosas excelentes.

Siga escribiendo el señor Jurado, medite mucho los asuntos antes de decidirse á aceptarlos, ponga después gran esmero en el desempeño, y ya verá.

## II.

(1890)

Impreso con esmero en Palma, en la «Biblioteca Popular,» ha caído en mis manos un tomo de poesías de D. Juan Alcover.

—¿Poesías?—preguntará el lector escamado.—¿Lo dice usted de veras? Porque como corren tantos libros con ese nombre de poesías, y va uno y los abre y... la poesía no parece.....—

Es verdad. La observación no puede ser más oportuna. Y si no que lo diga el novecito y lujoso volumen que ha publicado Mariano Catalina en su *Colección de autores castellanos* (?) en el cual, bajo el rótulo de *poesías*, se encuentra uno con versos de Cánovas, que así son poesía como él es humilde.

Mas por esta vez el título de *poesías* en el libro del Sr. Alcover no está mal puesto; porque los versos del Sr. Alcover son *poesías* en el verdadero sentido de la palabra.

El Sr. Alcover tiene numen, ternura, gracia en la expresión y mucho de eso que llaman *sentimiento*, y que yo no lo llamo de otra manera porque casi no sé cómo llamarlo...

Poesía... eso es, poesía; pero el definido no debe entrar en la definición.

¿Que hay en los versos del Sr. Alcover alguna sin correcciones? Claro que las hay, sí señor; todos los poetas las tienen. Precisamente porque el Sr. Alcover es poeta y porque sus versos son espontáneos, fáciles, *sentidos* (ya pareció otra vez el sentimiento) han de tener incorrecciones. Si fueran versos fríos y hechos á máquina como los de los académicos, versos formados de palabras incongruentes, unidas unas á otras, no con sintaxis verdadera, que no la suelen conocer esos señores, sino con un aglutinante especial que los académicos usan, entonces podrían ser muy correctos y muy limados, y no decir nada ó decir una tontería, como verbigracia:

«Madre natura de potente seno»

ú otra por el estilo.

No es que le alabe las incorrecciones al señor Alcover; al contrario, se las censuro, y deseo que las evite en lo posible.

Así le censuro, por ejemplo, que en la poesía titulada *Consolación*, que es muy hermosa, los cuatro primeros versos estén construídos en esta forma:

«Al decirme adiós mi madre  
colgóme una cruz al pecho:  
con ella á los desengaños  
ni á los infortunios temo.»

Donde falta en el tercer verso un *ni* para que haga sentido gramatical. Pero tres ó cuatro cosas así, en un libro lleno de bellezas, son bien dispensables.

Y efectivamente, el libro del Sr. Alcover está lleno de bellezas.

¡Qué hermosa es la primera composición titulada *Mi libertad!* ¡Qué delicada y qué poética es la idea de pintar al hombre al entrar en la edad viril, no sabiendo qué hacer y asustándose de su situación propia!

«Llegué á la cumbre de la vida, en donde  
la libertad, mirándome serena,  
puso la augusta clámide en mis hombros  
y en mi sien la diadema.

»Pláceme el atavío; mas os juro  
que de esta noble condición me pesa,  
y no sé qué pavor infunde al alma  
la vestidura nueva.....

»Y ¡cómo no temblar, si cuando en toda  
su plenitud abarca su existencia,  
desengañado el hombre de sí mismo  
conoce su miseria!....»

También es hermoso el poemita titulado *El nido*, donde el poeta, protestando que no quiere imitar á Campoamor, le imita como pocos.

Un muchacho, Ramón, encuentra un nido, da cuenta del hallazgo á su primo Roque, y entre los dos determinan esperar á que los

pájaros tengan pluma y entonces regalársele á Margarita, otra prima á quien ambos quieren mucho. Un día Roque coge el nido á traición y se le lleva á Margarita como regalo exclusivamente suyo. Cuando el pobre Ramón va luego á ver el nido encuentra el sitio desocupado, y persiguiendo á un gato, al que cree autor del delito, llega á un aposento en donde

«Sacando de una taza pan mojado  
con su dedo menudo y sonrosado,  
daba á unos pajarillos alimento  
la niña.....»

La cual le reveló que se los había regalado Roque.

¿Qué hizo Ramón después?

Nos lo dirá el poeta:

..... «El pobre mozo  
fué encerrado en obscuro calabozo,  
porque á su padre le contó un vecino  
que había dado á Roque unos cachetes.....

.....  
»Pensando el infeliz encarcelado  
qué sólo le faltaban los grilletes  
para ser un grande hombre desgraciado,  
consideró de esta verdad en prueba  
que el nuevo mundo por *Colón* hallado,  
de *Américo Vespucio* el nombre lleva;  
y presintió que con diversos nombres,  
mas por igual miseria confundidos,  
lo mismo son los niños y los hombres,  
ya se trate de mundos, ya de nidos.»

¿Verdad que esto es hermoso?

Pues no lo son menos las composiciones que se titulan *Unidad en la variedad*, *En el álbum de M. de A.*, *Las dos espadas* y otras muchas.

Tiene el libro varios apólogos, algunos lindísimos. Tiene una oda á *La gruta de Astá*, que es un arranque de inspiración robusta y vigorosa, y tiene composiciones ligeras escritas en álbums, algunas de tono un poco naturalista, pero otras sumamente agradables. Son muy graciosas las tituladas *La lupia* y *Res pro domimo clamat*.

Una composición hay en el libro que no me parece poesía, y es la titulada *El sepulcro*. Está escrita en versos sueltos que, cuando están bien hechos, son casi irresistibles; de modo que cuando no lo están... Y luego la falta de poesía del asunto, que es una escena de la vida del último monarca, don Alfonso, contribuye con el metro á hacer la lectura poco amena.

Perdonémosle este pecado al que ha escrito el bellísimo apólogo *La nube y la fuente*.

No puedo resistir el deseo de copiarle:

«Trémula de placer una fontana,  
al beso halagador se sonreía  
del sol de la mañana.  
Mas de pronto una sombra se interpuso  
entre el amante y ella,  
y con rumor confuso  
así la fuente dice y se querella:  
—¿Por qué de mi tesoro,  
por qué del regalado sol de estío,

que en mí bañaba sus cabellos de oro,  
me privas importuna?  
La nube respondió:—¿Del seno mío  
no sabes tú que brota  
el agua que destila gota á gota  
ese poñasco azul sobre tu cuna?  
¿No sabes tú que el sol que te embelesa  
extinguiéndote va cuando te besa?  
No llores, pues, ingrata,  
porque el materno amor que te da vida  
guardarte quiera del amor que mata.  
Estremeció la selva oscurecida  
sutil y fresco viento;  
suspiró su follaje movedizo,  
y la nube, llenando el firmamento,  
sobre la tierra en llanto se deshizo.»

Ahora, un consejo al autor, á quien no conozco más que para aplaudirle.

Cuando publique otro libro, no le ponga prólogo ajeno, y si se le pone, que no sea tan impertinente como el que á éste puso, firmado por un hombre de bien, que ni tiene de literato más que las pretensiones, ni hace otra cosa que hablar del arquitebe cuando declama contra la crítica. Véase la clase:

«La tarea de los *disecadores* de versos, que con sus lentes ahumados como su conciencia (uf, qué horror!) suelen mirarlos al trasluz y *les dan con los nudillos*, no para conocer si están huecos, que esto poco les importa, sino para cerciorarse de que sueñan acordados con *el diapasón normal* (?) y los empañan con su aliento *pestilente* (¡atíza!) poniendo á prueba su tersura, y *aguilatan en la balanza* su exacta ponderación, á fin de ponerles la marca del fiel con-

traste, ó grabar en ellos con la punta de su *sórdida lima* (¡cuánta sabiduría, hombre!) el estigma de la falsedad ignominiosa, podrá ser tarea tan grande y tan elevada como quieran, pero siempre *hemos* creído que en la clasificación de la fauna del Parnaso (ha de haber un oso, ¿eh?) pertenecen estos seres al reptilismo literario. Por algo viven *ocultos y enroscados*.»

¡Caracoles con el hombre!...

Me parece que no es posible decir más incongruencias en tan pocos reglones. Porque empieza hablando de los *disecadores* de versos, de modo que allí los versos son bichos; en seguida se pasa de la zoología á la cerámica, y habla de dar á los versos *con los nudillos*, como si fueran tejas ó pucheros, y salta á la música hablando del *diapasón normal*, y se mete por la higiene, tratando de la *pestilencia* del aliento que *empaña* los versos, los cuales ya no son aquí bichos disecables, ni tejas que se prueban por el tañido, sino espejos, para ser más adelante sortijas ó zarcillos, donde habla de *aguilatarlos*, y demuestra que no sabe lo que es *aguilatar*, sino así... al poco más ó menos, y les *graba* luego con la *sórdida lima*, que ni es *sórdida* ni es para grabar, concluyendo por volverse otra vez á la zoología y hablar de los reptiles...

Todo sin necesidad; porque al frente de un volumen de versos buenos maldita la falta hacía ese exabrupto contra la crítica.

De todos modos, la cosa, si no hiciera reír,

sería triste. ¡Mátense ustedes para eso! ¡Señalen ustedes los rípios donde los hay, y enseñen ustedes á los académicos y demás gente indocta á distinguir los versos buenos de los malos, para que venga luego con sus manos lavadas... (si es que se las lavó antes de escribir) un honrado curtidor, y les suelte á ustedes una granizada de simplezas, no sé si *enroscadas*, pero no *ocultas*, pues saltan á la vista!

Mire usted, señor prologuero, está usted equivocado en muchas cosas. Habrá críticos que usen lentes, pero no los uso ni ahumados ni por ahumar, y tengo la conciencia, por la misericordia de Dios, mucho más limpia que las que se estilan ahora. Yo censuro los versos que merecen ser censurados y no los que no lo merecen. Pero usted no lo entiende, y por consiguiente, no se meta usted en estas cosas. ¿No ha oído usted un refrán que dice: Cada uno á su oficio y los sastres á coser? Pues esa es la fija.

## III.

(1892.)

Con el humilde título de *Prosa ligera*, acaba de reunir en un libro José de Laserna treinta y tantos artículos y bastante gracia.

Por cierto que el ejemplar que yo he leído tiene, además de la gracia común á todos los demás ejemplares, la de una dedicatoria en verso, que dice:

«A Miguel de Escalada,  
á Antoñito Valbuena,  
á Venancio González,  
tres personas diversas  
y un solo literato  
honra y prez de las letras (1),  
este ejemplar dedica  
de su *Prosa ligera*  
quien «apenas se llama  
Pedro.»

PEPE LASERNA.»

No hagan ustedes caso de lo de la «honra y

(1) Crean ustedes que esto  
no lo dice de veras;  
es una flor que... vamos,  
siento no merecerla.



prez», como ya les digo en la nota, y no tomen ustedes la dedicatoria sino como muestra de la facilidad con que Laserna hace versos. Para eso la he copiado.

Pero no hace con menos facilidad la prosa, especialmente esa prosa moderna, recortada y salpicada de chistes.

Y de chistes buenos.

Yo no sé por qué, la sal con que sazona sus escritos Laserna me parece de mejor gusto que la de otros escritores que también la emplean con abundancia. Acaso será porque Laserna, como burgalés, usa la sal de Poza, que es la que se ha gastado siempre en León y Castilla, hasta que, muy recientemente, la han disputado la primacía otras sales, no obtenidas por evaporación como aquella, sino extraídas de bajos yacimientos, las cuales suelen contener mezcla de otras sustancias que las dan, en lugar del color blanco puro, cierto matiz verdoso.

Decir que á uno le pusieron «como chupa de Comelerán», para llamar *dómine* á este pobre diablo; decir que otro «tiene ideas propias, aunque malas»; reconocer el «derecho constitucional de emitir libremente las opiniones y hasta los disparates»; hablar de «un correspondal láico, gratuito y obligatorio», etc., etcétera, es para Laserna cosa corriente.

¿Que cuáles son los artículos que me han gustado más?.....

Pues los titulados *Banqueteemos, Treinta años, ó la vida de un hombre público, Nombres populares, Los garbanzos, Curdaking-Car, Nuestros padres... políticos, El perfecto reformista...* Y el que me ha gustado menos, *Doble embargo*.

Algunos defectos encuentro en el libro; por ejemplo, el de hablar en el artículo titulado *El noticierismo antes de Cristo*, de *Livinius, Titinius, Asidius* y *Fontejus*. En castellano nunca se escriben así los nombres latinos, sino terminándolos en *o*, *Livinio, Titinio, Asidio* y *Fontejo*. ¿No habla en el mismo artículo el señor Laserna de «la colina de Jano?» ¿Por qué no ha dicho *Janus*? ¿Por qué no ha escrito á la cabeza del artículo «El noticierismo antes de *Christus*?» Y escribiendo *Cristo* y *Jano*, ¿qué razón hay para escribir *Asidius* y *Fontejus*? ¿No se acuerda ya Laserna de aquello de: «Adiós, *Globus*; expresiones á *Emilius*?»

Tampoco está bien dicho «yo conozco Bollullos» (un pueblo); hay que decir «yo conozco á Bollullos».

## IV.

(1892).

El libro de que voy á hablar ahora es de *Clarín*, y se titula *Ensayos y revistas*.

Como lo he dicho ya muchas veces, no necesito volver á decir ahora que *Clarín* escribe bien; tan bien, que casi no sé yo cómo se podría escribir mejor.

Y no es extraño que *Clarín* escriba bien, porque, si hemos de creer á Horacio, la principal condición para escribir bien, es saber; y *Clarín* sabe mucho.

Lo que tiene es, que no es bueno todo lo que sabe, y aun se puede decir que sabe más de lo malo que de lo bueno.

Por eso, gustándome mucho cómo escribe, no me suele gustar lo que escribe, porque suele arrimar el ascua á la sardina de la impiedad y del descreimiento.

No es sectario tan apasionado y furioso como Picón, que arremete á ojos cerrados contra todo lo que huele á catolicismo; pero es algo sectario.

Tiene intuición estética y gran caudal de conocimientos para comparar: percibe la belleza y la reconoce casi siempre sin tener cuenta con el autor de la obra; pero á veces se deja arrastrar del apasionamiento ó del interés de secta y defiende cosas indefendibles, y pone en ejercicio todo su ingenio, que es mucho, y toda su ilustración, que es mucha también, para tratar de convencer á los lectores, verbigracia, de que es poeta Menéndez Pelayo, de que lo es Valera, ó de que una novela de Pérez Galdós, simplemente sosa y aburrida, es profundamente trascendental, con una trascendencia que se esconde á la ignorancia de la generación presente.

En tratándose de Pérez Galdós, la pasión de *Clarín* se parece al fanatismo de los musulmanes; pues como éstos la peregrinación á la Meca para adorar al zangarrón de Mahoma, emprende él la peregrinación á Madrid desde Asturias para adorar á D. Benito, á su modo, aplaudiéndole en un drama insulso y disparatado.

¡Qué lástima! ¡Un talento como el de *Clarín* aplaudiendo por la noche en el teatro y alabando á otro día por la mañana en *La Correspondencia* aquellos himnos cursis al suicidio, aquella *moral* mormona y aquellos alardes de deísmo trasnochado!

Tenía yo esperanza de que el ilustre catedrático y amenísimo escritor se había de ir

curando poco á poco de su pasión sectaria y había de volver al campo de la verdad. Le había visto maltratar á Pereda, como á cualquier padre Muñios, cuando acababa de escribir *El buey suelto...* y le había visto unos años después elogiar franca y fervorosamente á Pereda, cuando escribió *La Montálvez*, no porque esta novela fuera mejor que *El buey suelto...*, que á mi juicio no lo es, sino porque la verdad se había sobrepuesto en el crítico á las preocupaciones.

Tenía esperanza de que se convirtiera *Clarín*; pero los últimos acontecimientos, ó mejor dicho, los últimos escritos suyos referentes á esos acontecimientos, al estreno teatral de *Realidad*, verbigracia, me la van haciendo perder poco á poco. Hoy por hoy, á pesar de su entendimiento privilegiado, es tan *benilólatra* como el último gacetillero progresista.

De ésta y de las otras debilidades creo que le curaría yo si se pusiera en mis manos; pero está lejos.

Me parece á mí que si á *Clarín* se le obligara á leer dos veces, pero de verdad, con centinelas de vista, los tres tomos de *Angel Guerra*, y una sola, pero de punta á cabo, el tomo de versos de Marcelino, ni volvía á tener á Menéndez Pelayo por poeta, ni á entusiasmarse de veras con Pérez Galdós como novelista.

No creo posible que su buen gusto resis-

tiera la lectura de tres mil versos como estos que siguen:

«De dieciocho las cenizas guarda  
mártires sacros en la misma urna  
fiel nuestro pueblo; á Zaragoza asiste  
gloria tan alta.»

Ni creo que pudiera leer dos veces (y se lee veinte veces el *Quijote*), aquellas descripciones pesadas de las calles de Toledo con sus pendientes y sus recodos.

Lo malo es que no se pueda hacer la experiencia...

En todos los artículos de este libro de *Clarín* se puede aprender mucho; todos están llenos de erudición, todos tienen, poco más ó menos, los mismos atractivos de forma, que son siempre más de los que se necesitan para leerlos de una vez y sin cansancio, aun siendo largos y siendo muchos; pero casi todos adolecen de los indicados defectos.

¡Qué lástima!